

Dirigiéndose entonces a Rut, dijo Booz: «¿Oyes, hija mía? No vayas a espigar a otro campo ni te marches de aquí. Júntate con mis criados y vete tras ellos. Voy a decir a todos mis obreros que nadie te toque. Cuando tengas sed, podrás ir adonde están las vasijas y beber lo que ellos beban.»

—¿A qué se debe que haya yo encontrado gracia en tus ojos? —preguntó ella.

—Me han contado lo bien que te has portado con Noemi después de la muerte de tu marido, y cómo abandonaste a tu padre y a tu madre y dejaste tu patria para venir a mi pueblo que te era desconocido. Que sea tu galardón completo por parte de Jahveh, bajo cuyas alas has venido a cobijarte.

Llegó la hora de la comida, y como Rut siguiese inclinada sobre el rastrojo, Booz le envió este recado:

—Acércate acá y come el pan y moja tu rebanada en el vinagre.

Sentóse, pues, ella al lado de los segadores, y le cogió y le ofreció trigo tostado, y ella comió, sacióse y dejó de sobra. Luego se levantó para espigar, y Booz dió orden a sus criados, diciendo: «Que espigue también entre las gavillas sin que la avergoncéis, e incluso dejaréis caer para ella algo de los manojos.»

Bellamente cuenta el autor sagrado el encuentro de las dos mujeres al llegar la noche, y con una gran belleza le dramatiza Tirso en los versos siguientes:

RUT. Ya, madre, gracias a Dios,
y al noble Booz hallé
con que comamos las dos.
Tres celemines de trigo
traigo; ¿no he espigado bien?

NOEMI. Mil veces tu amor bendigo.

RUT. Carne y pan traigo también,
querida madre, conmigo.
Asentáronme a su mesa
los piadosos segadores,
y entre su hombre y mi prima,
de los bocados mejores,
para vos guarde una presa.
Venid, señora a comer.

NOEMI. ¡Cielos, premiad tal virtud!
¡Eternizad tal mujer!
¿Y en qué hacienda, pues, mi Rut,
quiso el cielo socorrer
tu trabajo y mi esperanza?

RUT. De Booz es la labranza.

NOEMI. Dele Dios por cada espiga
más oro que Arabia alcanza.

RUT. ¡Ay, madre, que he visto en él
de mi amado Masalón
la imagen más viva y fiel,
que pudo la imitación
fiar del mejor pincel!
¡Ay, madre, que voluntad
le debo, aunque se la pago!
¿Con qué cariño y halago
continuo mi libertad!
¡Ay, madre, que sus razones
están llenas de elocuencia,
de gusto tus bendiciones,
de autoridad su presencia,
de dicha sus persuaciones!
¡Ay, madre, que hablando obliga,
que enamora cuando ve,
que con su ausencia castiga,
y, ay, madre, en fin que no sé
qué tengo, ni qué me diga!